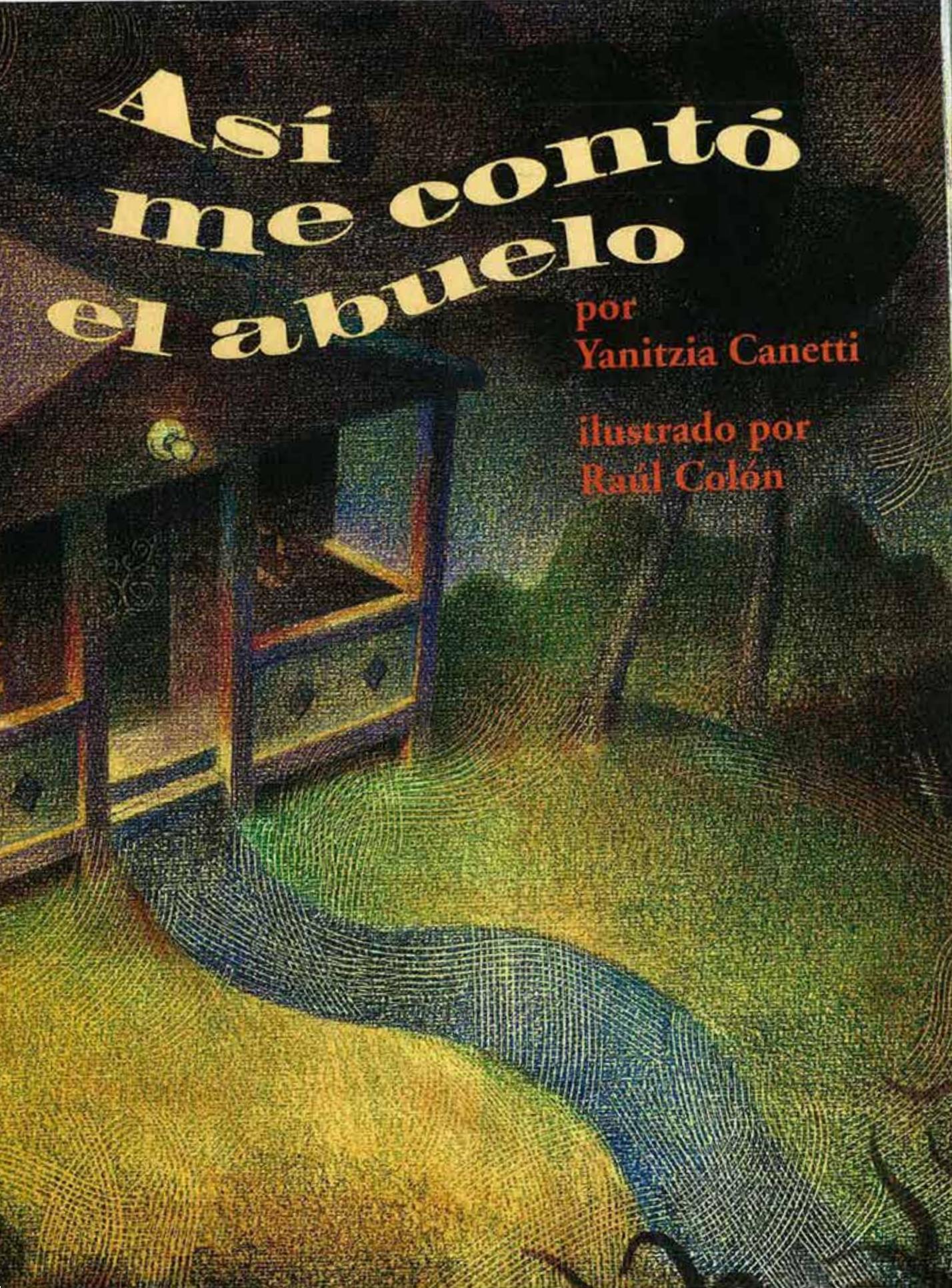
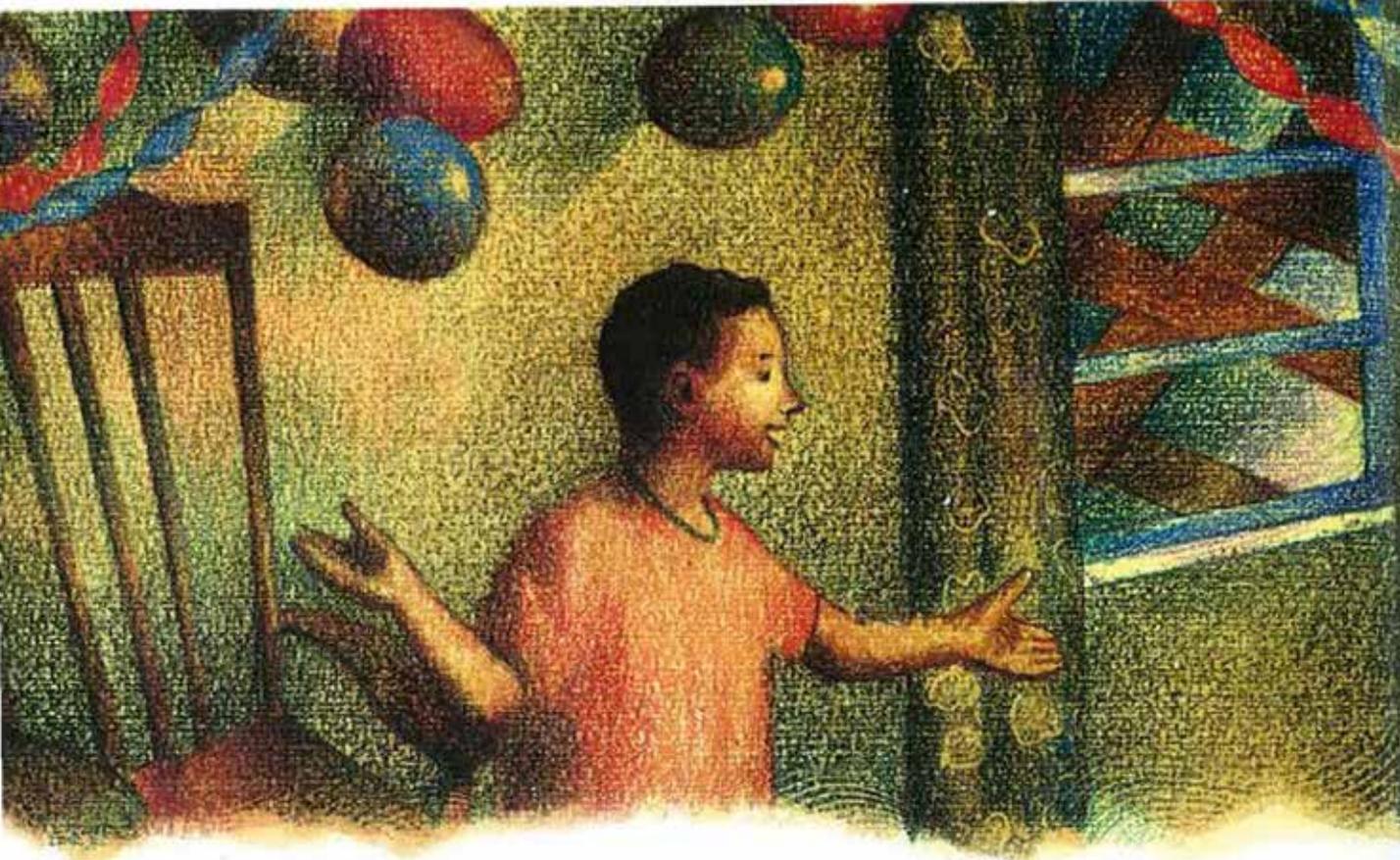


Así me contó el abuelo

por
Yanitzia Canetti

ilustrado por
Raúl Colón

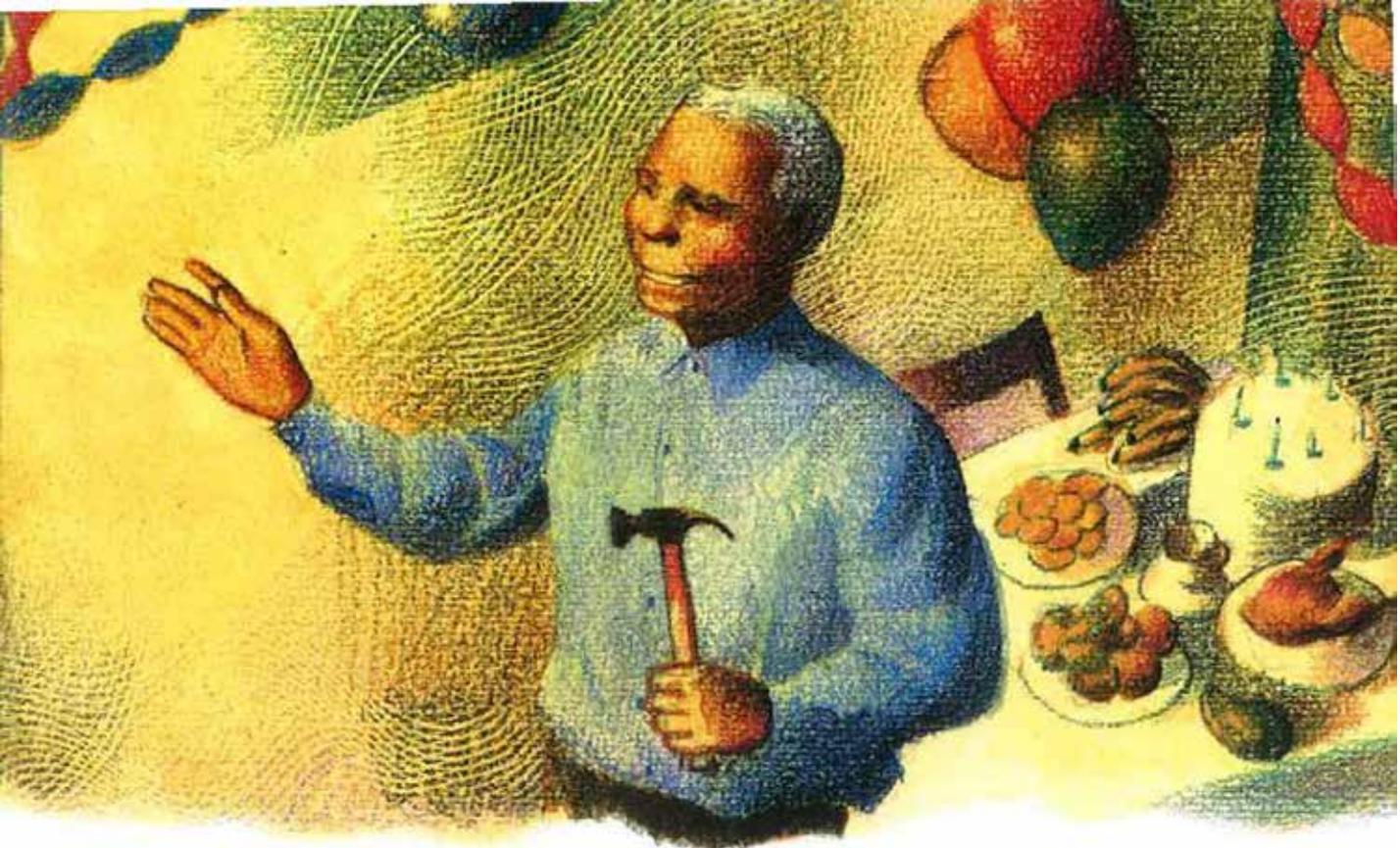




El abuelo Julián es tan chistoso que cuando estamos a su lado, nos reímos desde que amanece hasta que el sol se acuesta. Mi mamá siempre tiene que secarse las lágrimas de la risa, y es que Abuelo Julián es el abuelo más divertido y alegre del mundo.

Recuerdo el día que me contó las travesuras que le hacía a su mamá, mi bisabuela, cuando era pequeño. Dice que se escondía detrás de ella, y Josefa, su mamá, pegaba gritos por toda la casa buscando al pequeño Julián. Claro, yo no sé contarlos muy bien, pero el abuelo sí. Sólo de oírlo hablar, ya se me salen las carcajadas. Y no sólo a mí, también el tío Celestino, Berta la vecina y mi hermano Paquito tienen que aguantarse la barriga de la risa cada vez que al abuelo se le ocurre hacernos un cuento.

Abuelo tiene un sillón muy gracioso. Él mismo lo hizo. Está hecho con pedazos de madera —caoba, cedro y pino. Cuando se mece, los pedazos rechinan y hacen tanto escándalo como nuestras risas. Nunca he visto un sillón que hable... pero el sillón del abuelo hasta tiene una risita chillona cuando se mece.



El único día que vi serio al abuelo fue el día de mi cumpleaños. Estábamos celebrando mis nueve años de edad y habíamos invitado a casi todo el pueblo de la costa. Todos los pescadores amigos de mi abuelo también vinieron. Vino Berta la vecina, por supuesto. Y también vinieron mis tíos, mis primos y todos mis amiguitos de la escuela. Mami había planeado hacer una gran fiesta en el patio pero cuando oyó que venía un huracán, tuvimos que pasarla para adentro. Mientras hacían las preparaciones mis papás, el abuelo estaba pensando en el huracán. Él cubría las ventanas con madera triplex a pesar de que Mami le dijo varias veces que se estuviera tranquilo en su sillón.

Mis padres adornaron la casa con globos y papeles de colores. Sobre la mesa, Mami había puesto chicharrones, bacalaítos, alcapurrias, pasteles, arroz con gandules, tostones y un gran bizcocho. Yo estaba contentísimo y un poco nervioso porque nunca me habían preparado una fiesta tan grande. Mamá me dijo que me la merecía por mis buenas notas. Todo el tiempo, el abuelo se la pasó hablando del huracán con los presentes.

Finalmente, alguien puso la radio para que pudiéramos bailar. Estábamos muy alegres. Pero todo cambió cuando el locutor interrumpió la música y dijo algo terrible. Abuelo abrió los ojos como un búho y sólo gritó: ¡Díaaache!

Abuelo miró a los invitados y los invitados a él. Todos armaron tremendo revuelo y empezaron a guardar las sillas y la comida. Las mamás de mis amiguitos se disculparon con mi mamá y se llevaron a mis amiguitos para sus casas. Eso mismo hicieron mis tíos con mis primos. Paquito y yo nos refugiamos en los brazos grandotes y calentitos del abuelo que permanecía serio, sin hacer un solo chiste.

El cielo se puso tan oscuro que parecía un gran techo gris. Papi me ordenó que viera rápido si las ventanas estaban bien cerradas y tapadas. El abuelo, Mami, Papi, tío Celestino y Berta la vecina estaban con las orejas pegadas a la radio. Casi ni se oía lo que decían, pero escuché que un huracán de vientos muy fuertes se acercaba a gran velocidad a Puerto Rico y que las brigadas de rescate estaban ya preparadas para socorrer a la población.

Yo estaba enojado porque mi fiesta no se hizo... y no pude jugar con mis amigos ni escuchar los chistes del abuelo. Lo que menos quería era estar encerrado en la casa, así que traté de escapar por la puerta de atrás.

De pronto, sentí una mano fuerte sobre mi espalda y una voz de trueno que me dijo: —Quieto, muchacho, ¿adónde crees que vas?

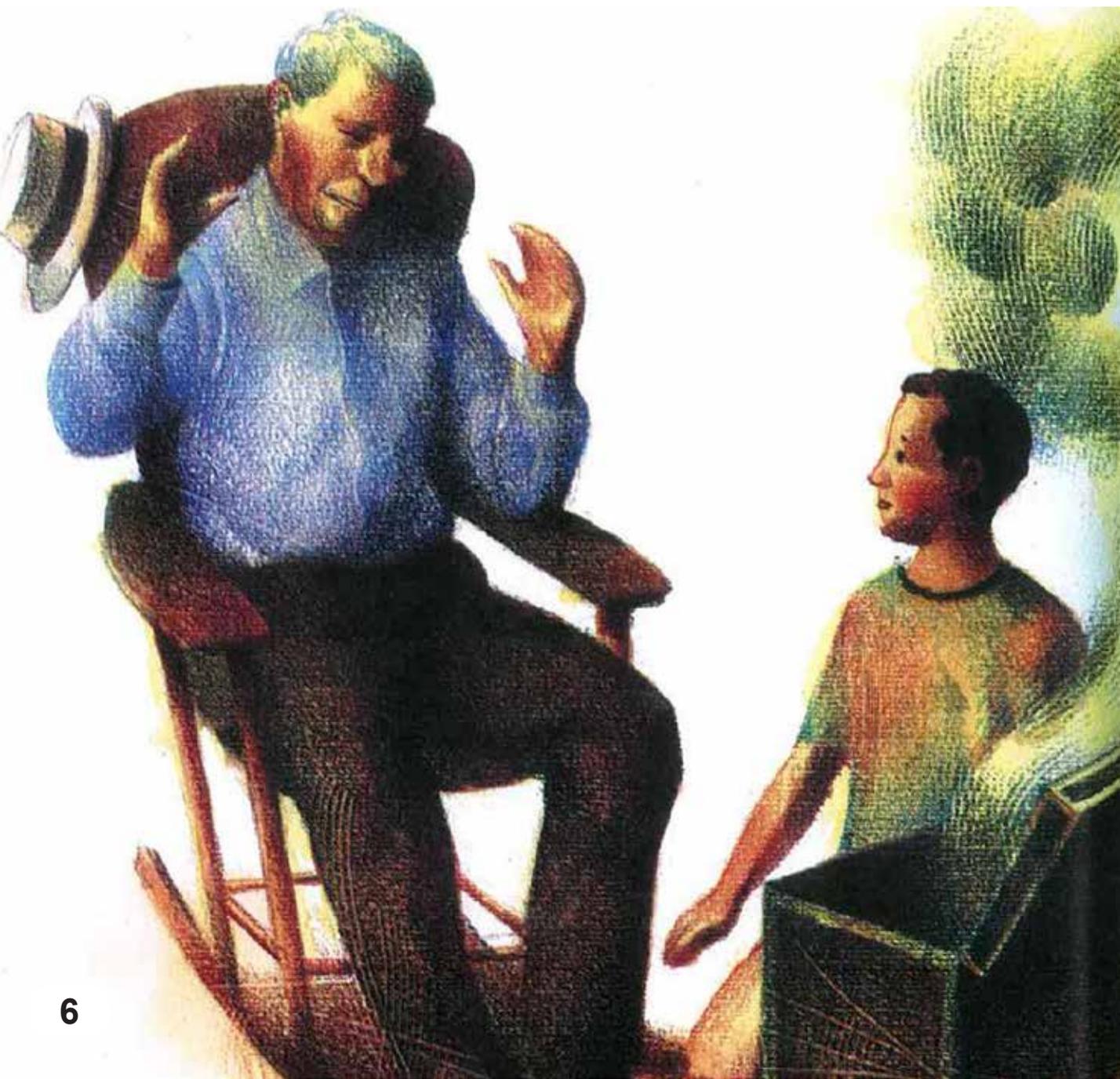
Por poco me caigo del susto; era el abuelo. Ya hasta me había olvidado de su voz seria. El abuelo me miró fijamente y me dijo: —Esto no es un juego, Julito, lo del huracán es cosa seria.

No sabía bien de lo que hablaba, pero sí sabía que algo grave era por la cara que puso.

—Ven —me dijo con voz más suave—. Quiero mostrarte algo.



Lo seguí hasta su cuarto y vi cómo el abuelo se afanaba en buscar algo debajo de la cama. Sacó un viejo baúl de cuero y lo abrió con la llave que llevaba colgada del cuello. “Un tesoro”, pensé. Pero no, no era un tesoro, era un baúl lleno de recortes de periódicos y algunas fotos amarillas.





Leyó uno de los recortes y vi que sus ojos se nublaban igual que el cielo. Traté de distraerlo contándole el último chiste que él mismo me hizo. Pero el abuelo seguía serio y preocupado. Levantó la cara y me dijo: —Esto fue el huracán de 1928. No lo olvides nunca, muchachito, 1928. Fue el más grande de este siglo y destruyó varios poblados de la costa. Se llamaba San Felipe.

—San Felipe —repetí yo—. ¿Y qué es un huracán, abuelo?—. Sólo tenía una idea vaga de los huracanes.

—Algo terrible, muchacho, terrible. Una tormenta con muchísimo viento y lluvias torrenciales como no te puedes imaginar. Mueve todo lo que toca. Yo mismo vi volar los techos de las casas, las palmeras, las redes, los botes y hasta vi volar a un gato.

—¿A un gato?— Yo no lo podía creer.

—Sí, el huracán se lo lleva todo, muchacho.

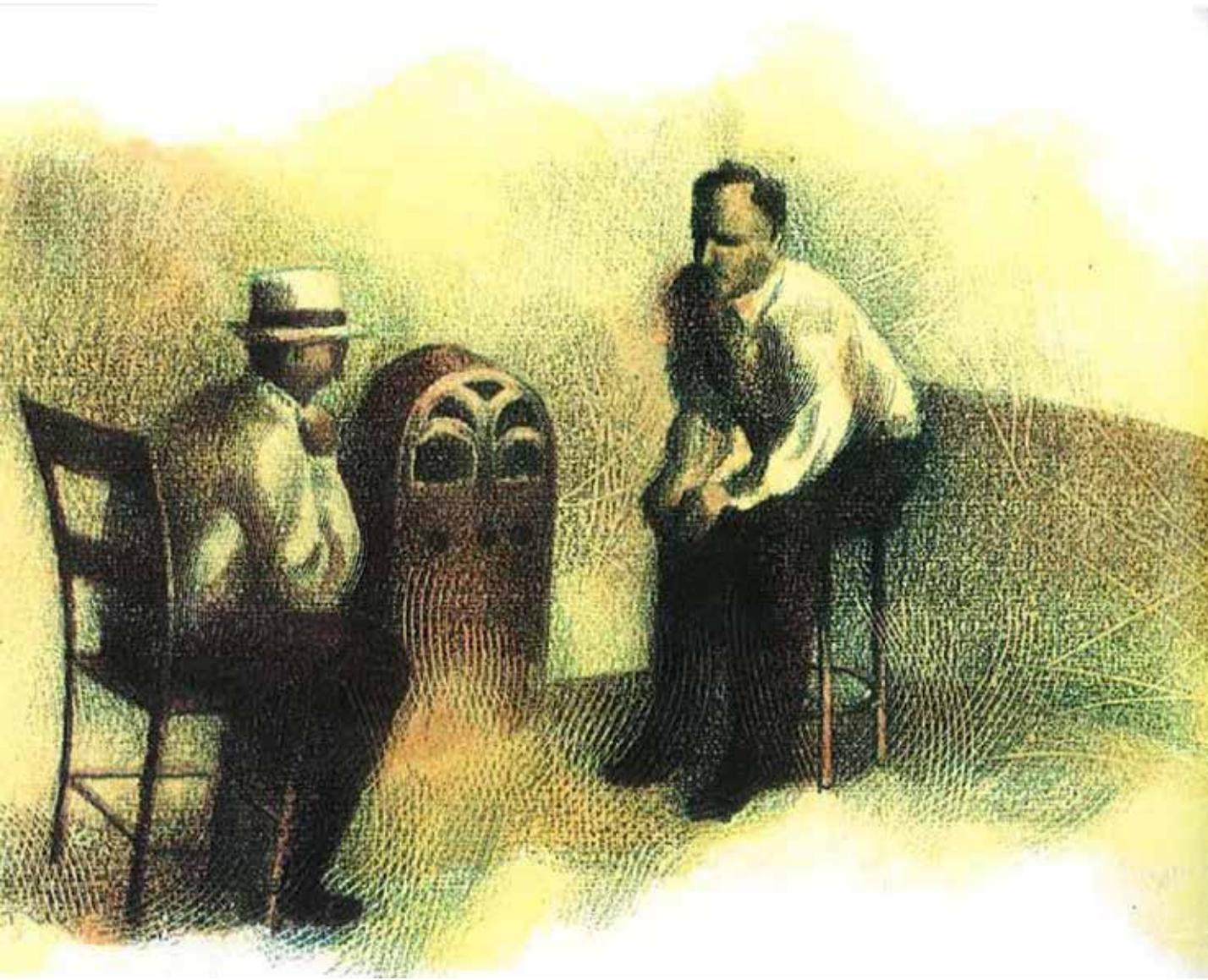


El abuelo guardó silencio un rato y continuó: —Yo tenía tu misma edad. Y era tan travieso que mi madre siempre andaba detrás de mí regañándome. La verdad es que me portaba muy mal.

En la cara del abuelo apareció la primera sonrisa después de haber estado serio por un buen rato.

El abuelo me dijo que él era muy travieso. Parece que el papá del abuelo también era muy travieso. Abuelo siguió hablando:

—En la casa todos estaban nerviosos porque ya sabían que un huracán se acercaba a las costas. Mi padre tomó un buchito de café y salió a mirar el cielo. Entró y nos dijo que nos teníamos que ir en ese mismo instante para Manatí, el pueblo más cercano. Mi madre recogió las cosas sin rechistar y yo supe que ese día no podía hacer ninguna travesura pues algo grave estaba pasando. Nos tomó poco tiempo recoger lo más importante: las redes de mi papá, los cuadros de familia, algo de ropa y comida, la hamaca, un farol y algunas otras cosas. Nos subimos a la carreta de mi padre y nos fuimos hasta el pueblo. El viaje fue larguísimo y a mí se me hizo más largo porque Papá me prohibió hacer travesuras.



El abuelo hizo una pausa, suspiró hondamente y continuó:
—En Manatí había mucho revuelo. Como no conocíamos a nadie en el pueblo, nos fuimos a la fonda de Emeterio. Papá nos dijo que allí pasaríamos el huracán porque era un lugar muy seguro. Todo el mundo escuchaba el radio del pueblo y trataba de descifrar lo que decían.

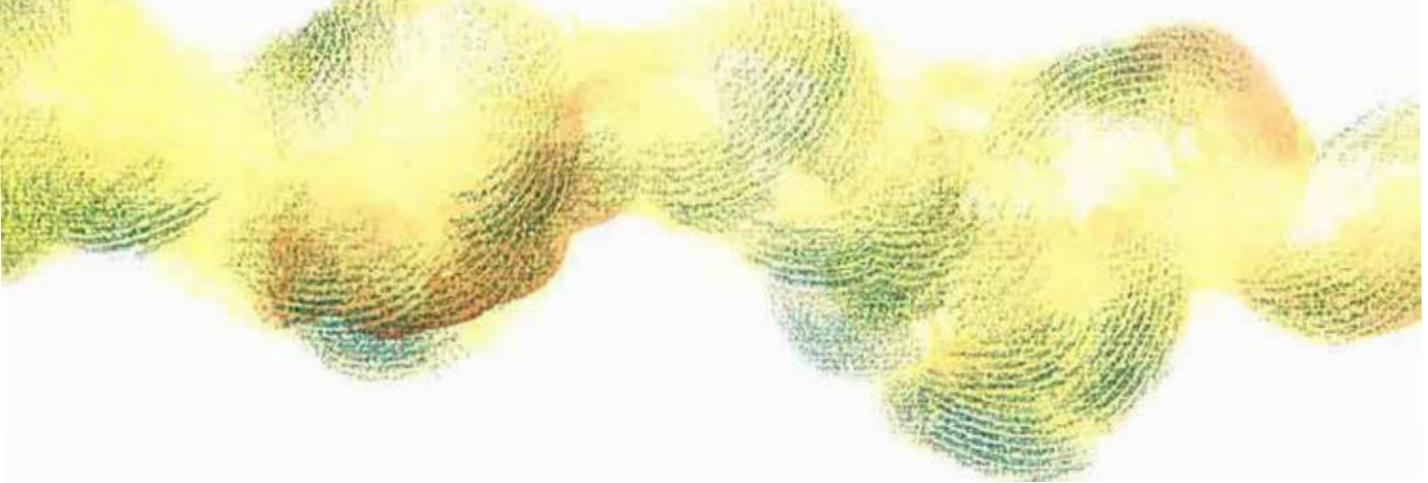
El abuelo comenzó a reírse y yo también. Ya me parecía raro que el abuelo estuviese serio tanto tiempo. Luego me miró con su cara alegre y me pasó la mano por la cabeza.

—Pues sí, muchacho —me dijo—. El radio continuaba hablando de lo mismo: que el huracán va y que el huracán viene.



Entre montañas de ruido, alcancé a escuchar: “El huracán San Felipe está azotando la costa noreste de la isla”. Y otra vez la voz se perdió dentro del ruido y no pudimos escuchar nada más. Todos pensamos que a los pobres locutores se los había llevado el huracán. Pero luego supimos que estaban sanos y salvos porque volvimos a escuchar sus voces tres horas después. Lo que yo vi en el momento que se fue la radio era horrible. La puerta de la fonda salió volando, los mesones corrían de un extremo al otro, la lámpara fue a caer encima de un hombre que estaba roncando, y la gente fue a socorrerlo enseguida. Por suerte, solamente le hizo un chichón.



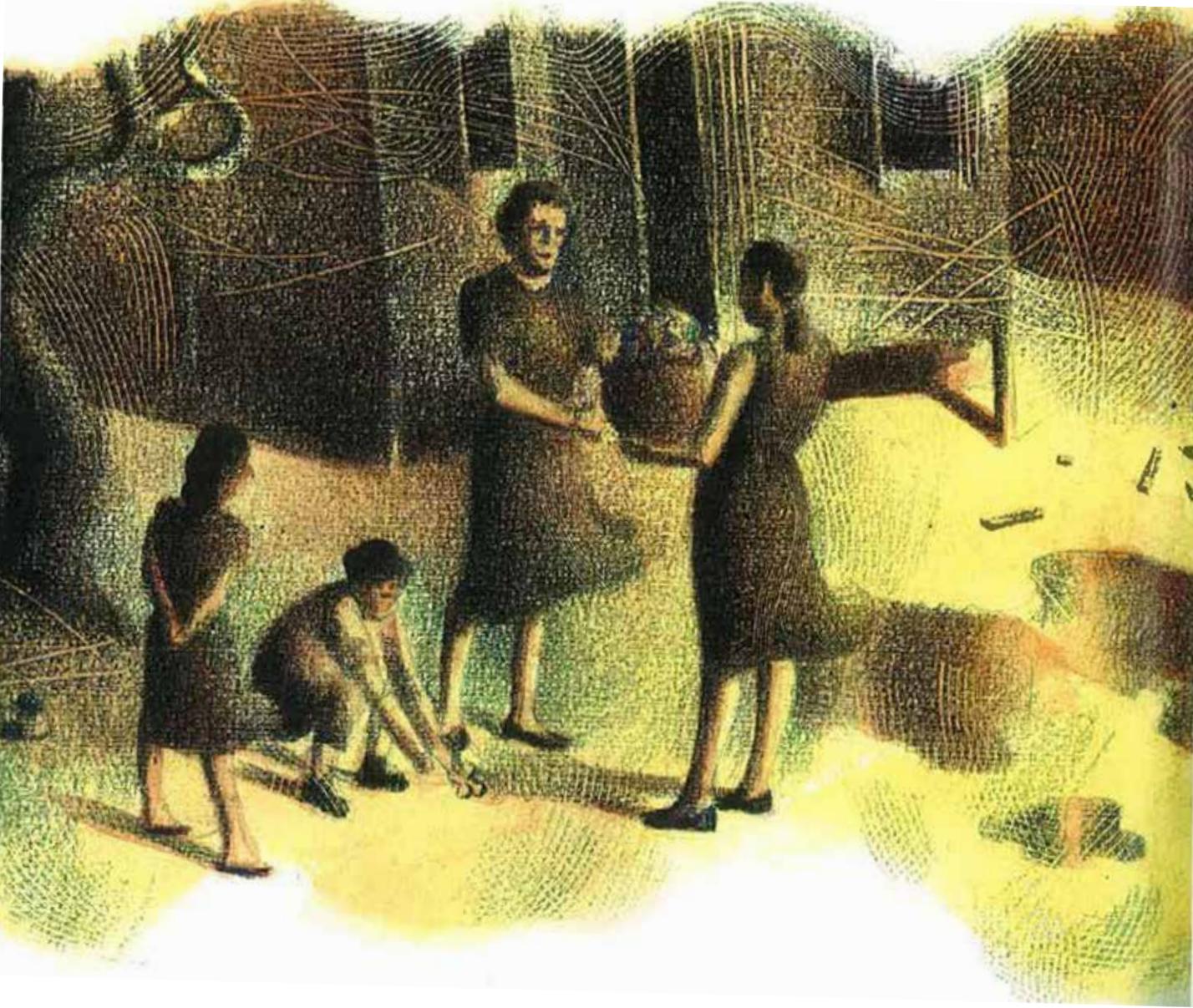


—Cuéntame, abuelo, cuéntame —lo interrumpí yo, lleno de curiosidad. El abuelo se quedó callado al escuchar que una ventana de la casa era maltratada por el fuerte viento de la tormenta. Precisamente Abuelo me estaba contando lo que pasó con aquel huracán de 1928 en medio del huracán Hugo. Inmediatamente buscó algo y con sus brazos, que parecían ramas de caoba, agarró y rompió su propia silla en varios pedazos. Yo me quedé asombrado de su fuerza. Su silla ya era un montón de madera. Sabía lo que era su fuerza, ya antes lo había visto pescar y sostener una aguja que pesaba no sé ni cuántas libras. Pero no comprendí por qué había roto su silla especial. El abuelo no se detuvo a darme explicaciones. Buscó clavos y un martillo y fijó los pedazos de madera a la ventana para asegurarse de que no podía pasar ni el viento ni la lluvia. Luego, algo más tranquilo, se secó las gotas de sudor, tomó un vaso de agua y respiró profundamente.

—Para los huracanes hay que estar preparados. A mí ya no me toman por sorpresa —dijo al fin. Luego tomó otro sorbo de agua, y continuó hablando de aquel huracán que había vivido cuando era un niño como yo.



—El aullido del viento iba aumentando, aumentando hasta casi ensordecernos —recordó Abuelo—. La radio también salió volando. Papá vio a un señor que estaba aterrorizado tras el mostrador. “¡Ay, bendito!” dijo mi padre y trató de calmarlo con unas palmadas en la espalda. En ese momento, se cayeron unas tablas del techo y si no es porque mi padre empuja rápido al señor, las tablas le hubieran caído justo en la cabeza. El señor salió corriendo del susto y se olvidó de dar las gracias. Mi papá no perdió tiempo y nos dijo que nos agarráramos fuertemente del puntal de la esquina. Todos obedecimos. Mis hermanas lloraban de miedo y mis hermanos aguantaban el llanto. Yo sí lloré cuando vi que todos los platos, vasos y botellas salían volando. Mi madre me abrazó y me besó... pero ni así dejé de llorar. Hasta le prometí que no haría más travesuras en lo que quedaba del año. Y mi mami, tu bisabuela, me dijo: “No te preocupes, mi hijito. Mientras estemos juntos, el huracán no nos podrá hacer nada. Y tendrá que irse por donde mismo vino”.



—Seis horas más tarde, cuando el viento fuerte se aplacó un poco, mi papá dijo que ya era hora de irnos. Salimos bajo un tremendo aguacero y no vimos la carreta por ningún lado. Se la había llevado el huracán. Unos hombres que ayudaban a unos ancianos a subir a un carruaje muy bonito, nos dijeron que podríamos adelantarnos un poco. Eso sí, había gente por todas partes que salieron bajo el aguacero para ayudar a las personas que lo necesitaban. Nos montamos en aquel carruaje y nos acurrucamos en los brazos de mi madre. La lluvia terminó pero no pudimos seguir adelante por las inundaciones. Muchas



personas tenían la puerta de sus casas abierta para cualquier persona que necesitara techo y comida. Fuimos a parar precisamente a casa de doña Mercedes, la mamá de Lucila, tu abuela. Tu abuela tenía entonces ocho años y era una niña bonita bonita. Pero pasaron muchos años hasta el día que la volví a ver en el baile del colegio San Juan.

—¿Y qué pasó con la casa? —pregunté yo.

—Desgraciadamente, la casita estaba destrozada. Pero pronto hicimos otra... mucho más resistente a las tormentas. Fíjate que el huracán que vino unos años después no la pudo tumbar.

El abuelo me mostró otra vez los recortes de periódicos que guardaba en su baúl.

—Casi todos los periódicos de la época hablaron del huracán San Felipe —prosiguió Abuelo—. Mi padre me dio esta colección de recortes. Son una joya, ¿sabes?

El viento empujaba las ventanas y fue necesario ponerles más tablas para asegurarlas. Me asusté un poco. Ya sabía lo que era un huracán y no quería que nos pasara nada malo. Abracé al abuelo con fuerza y empecé a llorar de miedo. Él me pasó su mano grande por la cabeza y me susurró:

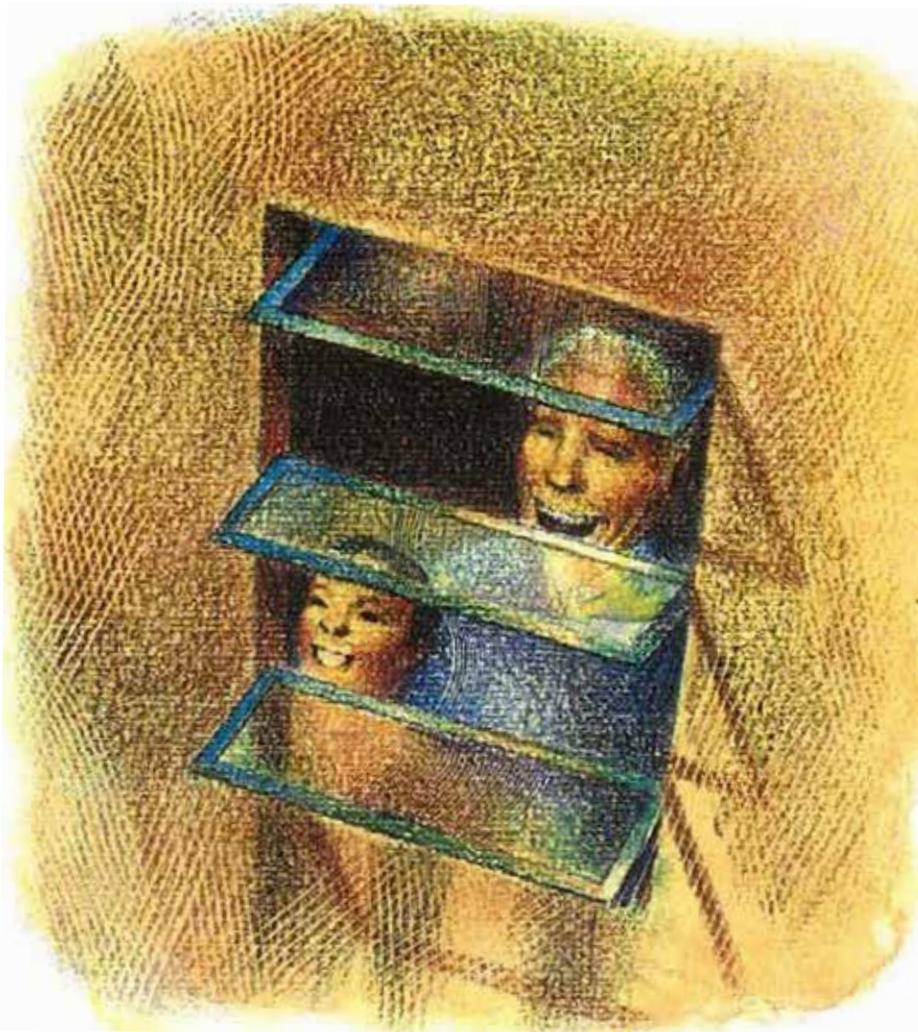
Yo también lloré cuando era niño y vi un huracán por primera vez. La naturaleza está furiosa, pero ya se calmará. Sólo debes estar alerta, no asustado.

Las horas pasaron pronto porque el abuelo no se estuvo callado ni un minuto. Se soltó a hablar y me contó de los huracanes en los que él había participado como voluntario para ayudar a evacuar gente y salvar vidas. Estuvo en plena tempestad en 1932, cuando otro huracán, San Ciprián, entró a Puerto Rico. Y estuvo en 1956, cuando entró Santa Clara y causó tantos daños materiales. Me di cuenta que tenía un abuelo héroe.

Luego Abuelo empezó a contar chistes y nos reímos tanto que casi nos olvidamos del huracán. Supimos que ya había pasado el peligro por los gritos eufóricos de Berta la vecina, y por los saltos que dio el tío Celestino.

Sentí un gran orgullo de mi abuelo. Además de ser el abuelo más chistoso de toda la vecindad, era un abuelo valiente que había visto con sus propios ojos uno de los huracanes más grandes de la historia. Mami tuvo que suplicarnos que nos fuéramos a dormir porque el abuelo Julián y yo no parábamos de hacernos chistes y de reírnos a carcajadas. Paquito tampoco se quería dormir. Pero el sueño nos venció a todos.





A la mañana siguiente, el sol amaneció tan hermoso que nadie hubiera creído que el día anterior había pasado un huracán. Los gallos se escucharon a lo lejos. Los pescadores salieron con sus redes a buscar tesoros en el mar. Abuelo también salió. Pero él iba a buscar madera para hacerse una silla nueva.

No me importó entonces que mi fiesta de cumpleaños no se hubiera celebrado, ni que mi hermano Paquito se comiera todo el bizcocho. Había aprendido algo nuevo y me había hecho un buen amigo de mi abuelo.

—Mientras estemos juntos, un huracán no nos podrá hacer nada. Y tendrá que irse por donde mismo vino —fue lo primero que le dije al abuelo esa mañana.

Mi abuelo me miró y empezamos a reírnos como nunca.

